



Solemnidad de Pentecostés

24 de mayo de 2025

I. Notas exegéticas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 1-11

Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas

El relato de Pentecostés en el libro de los Hechos no puede entenderse meramente como un evento en el que el fuego cae del cielo, sino que es preciso contemplarse como una profunda experiencia espiritual, en la que se cumple la promesa de una Nueva Alianza. Lucas, como autor de este relato, utiliza una narrativa cargada de signos y figuras del Antiguo Testamento para demostrar que Dios da rostro y forma a la comunidad. El escenario no es casual: en Jerusalén se celebra el *Shavuot* (la Fiesta judía de las Semanas). Para el judío de la época, esta fiesta recordaba la entrega de la ley en el monte Sinaí. Lo primero que se establece es la misteriosa conexión entre el Sinaí, donde acontece lo que se vivió en el Éxodo, y Jerusalén, donde la presencia de Dios se manifiesta con viento y fuego. Sin embargo, hay una diferencia: mientras en el Sinaí el pueblo se llena de temor, en Jerusalén, en Pentecostés, el Espíritu se posa sobre cada individuo, les da fuerza y los anima, señalando así el cumplimiento de la profecía de Jeremías y de Ezequiel: *La Ley ya no es un código externo grabado en tablas de piedra, sino una fuerza dinámica grabada en el corazón por el Espíritu Santo.* (Jr 31,31-33; Ez 36,26-27).



Plan de predicación

En la vivencia que narra este relato, es de suprema importancia tener presente los símbolos que se describen, ya que en ellos se manifiesta la obra y el cumplimiento de la promesa que Jesús había manifestado en los discursos de despedida, cuando afirmó que se iba pero no los dejaría solos. Los signos son presentados por el escritor con un sutil detalle: *el viento: pneuma*, que sugiere el aliento de vida de la creación y el aliento que da vida a los huesos secos en la profecía de Ezequiel, y que se entiende hoy como la fuerza que impulsa a la Iglesia a salir y a superar las dificultades. *El fuego*: es el símbolo de la santidad y la purificación. El fuego de Dios no quema a los discípulos, sino que los consagra. *Las Lenguas de fuego*: El hecho de que el fuego tome forma de lenguas es la clave del pasaje; indica que la presencia de Dios ahora está vinculada a una acción -la proclamación-, puesto que el Espíritu viene para que se hable de Cristo y se comunique su presencia en medio del mundo, motivo que mueve a los discípulos a divulgar el mensaje, haciéndose entender a través del lenguaje divino utilizado ante quienes fueron testigos de aquel suceso.

Es importante señalar que en Pentecostés el Espíritu Santo no elimina las lenguas, a diferencia de Babel (Génesis 11) donde reinó la confusión por el orgullo del hombre, pues quienes escuchan a los apóstoles han venido de diversos pueblos a celebrar una fiesta común. Lo que se elimina es la confusión y se establece una comunicación universal a través del lenguaje de la fraternidad. No se trata de un "cuchicheo" que no se entiende, no es glosolalia, sino xenoglosia, que significa hablar idiomas reales para que las grandezas de Dios y la acción del Espíritu se comprendan. No es el éxtasis privado, sino la misión y la comunicación animada por el Espíritu, que los "empuja" a salir del Cenáculo. Una Iglesia que no comunica es una comunidad que está asfixiando el fuego de Pentecostés. Aunque el mensaje es universal, la recepción es local.

Pentecostés nos enseña que para ser cristianos no hay que renunciar a la identidad cultural; el Espíritu habla con una lengua común a "partos, medos y elamitas". La Iglesia es una comunidad de hermanos que viven la fraternidad a nivel universal, y esto gracias a que es capaz de hablar el lenguaje de cada corazón humano, el lenguaje del amor, dado para vencer miedos y comunicar la gracia.



Salmo 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34

R/. Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Este texto es, más que un simple salmo, un himno de alabanza en el que el autor hace un “eco” del relato del Génesis, resaltando el papel fundamental del *Rúaj*: el Espíritu o Aliento divino. En sus estribillos se resalta de Dios su Trascendencia, señalada en el grito de admiración “¡Qué grande eres!”, y su inmanencia: el reconocimiento de que su presencia es constante y es lo único que sostiene la vida de cada ser. El salmista utiliza un lenguaje visual para explicar la existencia. Para él, la muerte es el resultado de que Dios “esconda su rostro” o retire su aliento. Cuando el aliento divino se retira, la criatura pierde su sustento y vuelve al polvo. Sin embargo, el himno refleja una esperanza activa, el envío de su Espíritu, hecho que no ocurrió una sola vez en el pasado, sino que es una acción continua aún hoy, pues sugiere una renovación que no se detiene, dejando claro que Dios es el “Dueño de la vida” que repuebla la tierra. Llama la atención la sutil descripción de Dios que se muestra alegre por su obra. Este salmo es la raíz de la fe en Pentecostés. El mismo Espíritu que puso orden en el caos del principio y dio vida a los seres vivos, es el que ahora renueva a la humanidad y da fuerza a la Iglesia, por lo que, por él, se renueva la faz de la tierra.

Segunda Lectura

De la primera carta del Apóstol san Pablo a los Corintios 12, 3b-7. 12-13

Nadie puede decir que Jesús es el Señor, si no es por el Espíritu Santo

El texto muestra la realidad en la que se desenvuelve la comunidad cristiana residente en Corinto. Viene a ser un grupo de creyentes entusiastas y extremadamente diversos, formado por antiguos judíos con paganos recién convertidos, esclavos con hombres libres, y personas de distintos estratos socio-económicos. Esta diversidad, que debía ser una riqueza, se convirtió en una fractura. Los corintios habían desarrollado una “espiritualidad de clases” donde algunos se sentían superiores por poseer ciertos dones, especialmente el hablar en lenguas o *glosolalia*, generando división y desorden en las asambleas. Pablo aborda esta realidad, señalando cómo el “entusiasmo” espiritual estaba mal enfocado, por lo que es categórico en afirmar que “Nadie puede decir: “Jesús es Señor”, sino por el Espíritu Santo”.

Establece una base sólida: el Espíritu no se reconoce en un creyente por el éxtasis o lo extraño de la manifestación de sus dones, sino por la confesión de fe y el señorío



de Cristo: *“Si una manifestación espiritual no lleva a reconocer a Jesús como Señor, no viene del Espíritu”*. Para explicar la unidad de la vida dentro de la comunidad utiliza una estructura trinitaria en la que establece que hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu, diversidad de ministerios, pero un mismo Señor, y diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Así, Pablo deja claro: *El don no pertenece al individuo; es una “manifestación del Espíritu” entregada en calidad de préstamo para el beneficio de la comunidad. Si un don no es puesto para “bien común”, pierde su razón de ser*. Acude a una comparación, la metáfora del cuerpo, para afirmar: El cuerpo no es una suma de partes aisladas, sino una unidad orgánica. No dice *“así es la Iglesia”*, dice *“así es también Cristo”*. La comunidad es la extensión del cuerpo de Cristo en la tierra, y, en el Espíritu, la identidad queda unida al cuerpo que es Cristo, a quien siguen y en quien creen.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-23

Como el Padre me ha enviado, así también los envió yo

Desde los estudios bíblicos, muchos han denominado este relato del evangelio de Juan como el Pentecostés Joánico. A diferencia del pasaje de Lucas, en los Hechos de los Apóstoles este texto presenta la entrega del Espíritu Santo el primer día, mostrando esta acción como consecuencia de la resurrección de Cristo.

El pasaje sitúa a los discípulos en un estado de encierro por miedo. Las “puertas cerradas” no son solo un detalle físico, son un símbolo de la condición humana tras la tragedia de la Cruz: aislamiento, parálisis y temor. El Espíritu irrumpe precisamente para romper esos cerrojos. La manifestación de Jesús y su saludo *“Paz a ustedes” Shalom*, no es un simple deseo, es una acción eficaz. En Pentecostés, la Paz es el primer fruto del Espíritu, es la fuerza que permite al hombre salir de su propio encierro para abrirse al otro, para entrar en comunicación con los otros, para anunciar una buena noticia.

Una de las acciones que impactan y llaman la atención es la manera en que se comunica la gracia del Espíritu, la cual se enmarca en un *soplo* y en una expresión: *les dijo*. Estos términos son una alusión directa al Génesis 2, 7, cuando Dios sopla su aliento de vida en la nariz del hombre recién modelado. Juan está diciendo, entonces, que el Espíritu Santo es el “aliento de vida”, él es la nueva creación. Así como el primer



Adán recibió la vida por el soplo de Dios, los discípulos reciben la vida sobrenatural por el soplo de Cristo resucitado. Pentecostés celebra que la humanidad ha sido “reiniciada” desde el costado abierto de Jesús.

Jesús envía a la comunidad de discípulos: *“Como el Padre me ha enviado, así también yo los envío”*, pues es la misión de la Iglesia, la cual no es una iniciativa humana, sino una continuación de la misión del Hijo bajo la fuerza del Espíritu. Pentecostés es, por definición, el día de la misión, señalando que no hay Espíritu sin envío. El Espíritu se recibe para ser “entregado” al mundo, a la comunidad, no para ser conservado en la intimidad del Cenáculo, como propiedad de unos pocos.

El evangelio vincula el don del Espíritu con el perdón de los pecados. Mientras el pecado divide y desintegra, la acción del perdón une y restaura. Si el Espíritu “repuebla la faz de la tierra”, lo hace sanando los vínculos rotos. El poder de perdonar es la herramienta que el Espíritu entrega a la Iglesia para que la unidad mencionada por Pablo en la 2ª lectura sea posible en un mundo dividido.

En conclusión, celebrar Pentecostés implica destacar tres elementos: 1) la transformación de la identidad que lleva a vencer el miedo por la fe y la esperanza; 2) la comprensión de que el Espíritu es una “presencia” que repuebla el mundo, como recita la antífona del salmo de hoy: *“Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”*; 3) la resignificación de Pentecostés que nos lleva a entenderlo no como un hecho del pasado, sino como presencia actual de la gracia del Espíritu.

En el Pentecostés Joánico, el Espíritu es el regalo de la Pascua. Es la fuerza vital que permite que la victoria de Jesús sobre la muerte se convierta en una realidad cotidiana de paz, perdón y vida nueva para toda la humanidad.



II. Pistas homiléticas

- Presentar Pentecostés no como un evento aislado, sino como el cumplimiento definitivo de la Nueva Alianza, donde la Ley ya no es externa (piedra), sino una fuerza viva en el corazón.
- Explicar que el Espíritu Santo sana la división de Babel. No borra las diferencias culturales ni las lenguas (xenoglosia), sino que las dignifica y las hace comprensibles mediante el “lenguaje del corazón” y el amor.
- Enfatizar que la Iglesia es una armonía, no una masa uniforme. El Espíritu capacita para vencer el miedo y comunicarnos desde la fraternidad.
- Recordar que todo carisma o ministerio es un préstamo del Espíritu para el servicio de los demás.
- Subrayar que en la comunidad nadie es superior a otro. La autoridad y los dones tienen un único origen (Dios) y un solo fin: la construcción del bien común y la humildad.



III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

La Iglesia celebra con gran alegría la solemnidad de Pentecostés, día en que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles reunidos en oración junto con María, la Madre del Señor. El mismo Espíritu que transformó el miedo de los discípulos en valentía misionera es el que hoy se derrama también sobre nosotros; es Él quien reúne lo que estaba disperso, renueva nuestros corazones y nos capacita para anunciar las maravillas de Dios. Dispongamos nuestro espíritu para participar con fe y alegría en esta Eucaristía, pidiendo al Señor que su Espíritu Santo renueve nuestra vida y la de toda la Iglesia.

Monición a las lecturas

La Palabra que escucharemos nos introduce en el misterio del Espíritu Santo que da vida y renueva todas las cosas. Él desciende con fuerza sobre la comunidad reunida y transforma a los discípulos en testigos valientes capaces de anunciar las maravillas del Señor a todos los pueblos; Él edifica la Iglesia como un solo cuerpo con diversidad de dones y ministerios y nos comunica la vida nueva que brota de Cristo resucitado, llenándonos de su paz y enviándonos a continuar su misión en el mundo. Escuchemos con atención.



Oración de los fieles

Presidente: Reunidos en la alegría de Pentecostés e invocando la fuerza del Espíritu Santo, presentemos con confianza nuestras súplicas a Dios Padre:

R./ Envíanos tu Espíritu y renueva nuestros corazones

1. Por la Iglesia, para que guiada por el Espíritu Santo permanezca fiel a la misión recibida de Cristo y anuncie el Evangelio con valentía en todos los pueblos y culturas. Roguemos al Señor.
2. Por los pastores y ministros del pueblo de Dios, para que el Espíritu de sabiduría y discernimiento los acompañe en su servicio y los fortalezca en el cuidado de la comunidad cristiana. Roguemos al Señor.
3. Por quienes tienen la responsabilidad de tomar decisiones importantes para la vida de las naciones, para que el Espíritu de consejo ilumine sus acciones y los mueva a trabajar por la paz y la justicia. Roguemos al Señor.
4. Por las próximas elecciones presidenciales, para que el Espíritu Santo nos lleve a elegir en la verdad al gobernante que nuestra nación necesita. Roguemos al Señor.
5. Por quienes viven momentos de tristeza, enfermedad o soledad, para que el Espíritu Consolador fortalezca su corazón y les conceda experimentar la cercanía amorosa de Dios. Roguemos al Señor.
6. Por nuestra comunidad (parroquial), para que reconozcamos los dones y carismas que el Espíritu ha sembrado en cada uno y sepamos ponerlos al servicio del bien común y de la misión de la Iglesia. Roguemos al Señor.

Presidente: Padre santo, que en Pentecostés has derramado el Espíritu de tu Hijo sobre la Iglesia, escucha nuestras súplicas y renueva la faz de la tierra con Su presencia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.



Domingo de Pentecostés

Ciclo A
24 de mayo

I. Claves de reflexión

Acompañar

Hoy celebramos una gran fiesta de la Iglesia: Pentecostés. Es el día en que el Espíritu Santo vino sobre los discípulos de Jesús y llenó sus corazones de fuerza, alegría y valentía. Antes de eso, los discípulos estaban encerrados y con miedo. No sabían qué hacer después de la muerte y la resurrección de Jesús; pero todo cambió cuando recibieron el Espíritu Santo: salieron a anunciar el Evangelio y muchas personas comenzaron a entender que Dios los amaba.

Al Espíritu Santo no podemos verlo como vemos otras cosas, pero sí podemos reconocerlo por lo que hace en nosotros: nos da paz, nos ayuda a amar, nos anima a hacer el bien, nos da fuerza cuando tenemos miedo, y nos ayuda a vivir unidos.

Jesús sopla sobre sus discípulos y les regala su Espíritu. Ese mismo Espíritu también vive en nosotros desde el Bautismo y nos ayuda a cultivar la fe cada día.

Motivar

San Pablo nos recuerda que todos somos diferentes, pero formamos un solo cuerpo. Cada persona tiene dones distintos: algunos saben escuchar, otros ayudar, otros enseñar, animar, cantar o acompañar. El Espíritu Santo actúa en todos y cada uno tiene algo valioso para ofrecer. Pentecostés nos enseña que la Iglesia no es un grupo de personas iguales, sino una comunidad donde cada uno aporta desde sus talentos y su manera de ser.

Cultivar la fe también significa descubrir: qué regalo me ha dado Dios, cómo puedo ponerlo al servicio de otros, y cómo puedo construir comunidad con lo que soy. Cuando dejamos actuar al Espíritu Santo, aprendemos a vivir con más amor, alegría, paciencia y generosidad.





Retar

El Espíritu Santo quiere hacer cosas hermosas en tu vida y ayudarte a llevar alegría a los demás.

Reto de la semana: Cada mañana di esta oración: *Espíritu Santo, acompáñame y enséñame a amar como Jesús.* Luego elige usar uno de tus dones para ayudar a alguien: escuchar, compartir, animar, colaborar o hacer las paces.





II. Subsido litúrgico

Monición de entrada

Queridos niños y niñas, hoy celebramos Pentecostés, la fiesta del Espíritu Santo. Jesús cumple su promesa y envía su Espíritu sobre la Iglesia para llenarla de vida, unidad y alegría. Dispongamos el corazón para recibir ese gran regalo de Dios.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios de hoy nos cuenta cómo el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos y transformó sus vidas, también nos recuerda que todos hemos recibido dones para servir a los hermanos y construir la comunidad. Escuchemos con atención y pidamos que el Espíritu Santo renueve nuestro corazón.





Oración de fieles

Presidente: Presentemos con alegría nuestras súplicas a Dios Padre, que nos regala su Espíritu para guiarnos y fortalecernos. Digamos:

R/. Ven, Espíritu Santo.

1. Por la Iglesia y por el Papa León, para que guiados por el Espíritu Santo anuncien el Evangelio con alegría y valentía. Oremos.
2. Por los pueblos y naciones del mundo, para que el Espíritu Santo ayude a construir caminos de paz, diálogo y unidad. Oremos.
3. Por las familias, para que vivan unidas en el amor y aprendan a escuchar y respetarse mutuamente. Oremos.
4. Por los niños y niñas, para que descubran los dones que Dios les ha regalado y los pongan al servicio de los demás. Oremos.
5. Por quienes viven con miedo, tristeza o soledad, para que el Espíritu Santo les conceda esperanza y fortaleza. Oremos.
6. Por nuestra comunidad, para que viva unida y abierta a la acción del Espíritu Santo. Oremos.

Presidente: Padre bueno, escucha nuestras oraciones y envía sobre nosotros tu Espíritu Santo para que vivamos como verdaderos discípulos de Jesús. Por Jesucristo, nuestro Señor. **Amén.**

